

LAS CANARIAS DE LOPE

INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
EN LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

CONFERENCIAS Y LECTURAS

SECCIÓN II: LITERATURA, ARTES PLÁSTICAS
Y MÚSICA

VOLUMEN I (SEC. II: NÚM. 1)

ANDRES DE LORENZO-CACERES

LAS CANARIAS DE LOPE



LA LAGUNA DE TENERIFE

1935

Copyright by
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
La Laguna, 1935

IMPRENTA CURBELO.-SAN AGUSTIN, 47-LA LAGUNA

ADVERTENCIA

Con la edición de Las Canarias de Lope, de don Andrés de Lorenzo-Cáceres, su primer Presidente, comienza la Sección de Literatura, Artes plásticas y Música, sus publicaciones dentro del cuadro general de las del Instituto. El texto que hoy ofrecemos a nuestros lectores fué leído por el señor De Lorenzo-Cáceres en la solemne sesión conmemorativa del III Centenario celebrada por la Asociación de Escritores y Artistas, de Madrid, la tarde del 22 de Junio pasado.

Sobre las Canarias en el teatro de Lope de Vega ha escrito don Andrés de Lorenzo-Cáceres en el número VI de la revista El Museo Canario que dirige, en Madrid, nuestro ilustre paisano el catedrático de la Universidad Central y académico de la Historia don Agustín Millares Carlo; en sus páginas podrá el lector interesado encontrar los oportunos elementos de crítica que se han suprimido de la presente Lectura por su carácter primordial y deliberadamente poético y literario.

Las Conferencias y Lecturas, cuya publicación iniciamos, se nutrirán de aquellos textos de análogas condiciones al contenido en su primer volumen; colaborarán las diferentes secciones del Instituto en su redacción, pudiendo el lector agruparlas en serie o por disciplinas: con este objeto una doble numeración catalogará cada volumen dentro de la colección general y respecto de la sección correspondiente.

La Laguna, Agosto de 1935.

A Juan B. Acevedo.

YO, COMO LOS RUISEÑORES, TENGO MÁS VOZ QUE CARNE.

LOPE DE VEGA

BLANCO Y AZUL

Sobre la tumba (que ya es monumento), sobre la muerte (que ya es eternidad) de Lope, cuántas coronas ha depositado España, y el Mundo, en esta ocasión; yo no puedo añadir laureles y palmas, con crecer en mi patria las *Phoenix canariensis*, las hermosas *Phoenix* vegetales con que ceñir la frente del *Fénix de los Ingenios*. A mi sólo me está permitido ofrecer, en su homenaje, un sencillo ramo dividido entre retamas blancas de la cumbre y siemprevivas azules de la costa. De las blancas retamas del Teide, extraen las abejas tinerfeñas una riquísima miel perfumada; las siemprevivas azules de la costa ensanchan al mar en flores, ya en tierra firme, flores tan humildes que carecen de aroma, pero tan constantes que no se marchitan. A las abejas españolas, a los que trabajan volando, a los que en el aire y por el aire de los castillos en el aire de España viven de sus alas, de remontar el vuelo y de extraer su secreto a las flores, de jardín y de huerto, españolas, de dulcificar, en los panales de la poesía, la belleza y el perfume nacionales, dedico las olorosas retamas blancas; y, a los españoles todos, a los que bajo los mismos estandartes mar-

chamos, a paso seguro de sacrificio y batalla, con la Patria, ofrezco las siemprevivas del constante recuerdo de una provincia cuya bandera es blanca y azul como un manojo de retamas y siemprevivas, o como un trozo de cielo o de mar, bandera que ciñe a una isla que es su propio obelisco, que se quema en su propio fuego, que se corona con sus rosas, sus palmas y sus laureles y que es cantada, en todo lo verde de la colosal pirámide, por sus canarios: Un delicioso obelisco romántico abandonado sobre las aguas, tupido de follajes y de pájaros, hilado de arroyos, perfumado de frutos y de flores. (Decía Píndaro, a propósito de su aroma, que antes de arribar a las islas se gozaba su presencia por un vaho oloroso que las rodeaba.) Delicioso cementerio. He dicho cementerio y no sin meditarlo. Es tal el reposo, la profunda paz, la dilatada caricia, que dan ganas de morir y descansar dentro de la tierra y bajo los árboles de esta roca. ¡Qué dulce sueño si, muerto, se pudiesen escuchar la brisa, las fuentes, los pájaros y las olas! Este obelisco y las que, islas, se agrupan en torno suyo como jardincillos poblados, entre otras especies, de brezos, laureles y pinos, y árboles frutales, y plantas y flores de todas clases, animados por los nerviosos manantiales y las pintadas aves, han sido cantados por Lope. El artista jamás les visitó; fué el suyo un conocimiento poético; veamos de qué estilo y con qué fortuna.

Las letras y el sentimiento nacional: He aquí dos exponentes que corren gemelos en la historia de las naciones. Porque las letras forman a modo de un escuadrón ligero, (más ligero que la caballería, ya que mueve alas, y más rápido que la aviación, ya que sus motores son pensamientos), de un escuadrón ligero, digo, que abre el camino a los ejércitos. Lope sintió a España no sólo como hijo, sino como soldado. Lope es nuestro gran poeta nacional. Los chorros de su

vena poética, despeñándose desde la alta meseta de su literatura, animan las elevadas laderas y los valles españoles; la cúspide y la base de la pirámide: desde las figuras excelsas de nuestra Historia hasta el pueblo que ha ido haciendo esa misma Historia. Y en aquellos valles hasta donde llega el caudal de Lope: la variedad de frutos, de aves, de hombres y de bestezuelas españolas; y en esotros pueblecitos bajo cuyos puentes canta, al pasar, su poesía: los talleres, los artesanos, las industrias y los funcionarios nacionales. Pero cuando el manantial entra en los molinos del Teatro, para grano tan rico, qué harina tan saludable: Todo el oro de nuestro *Siglo de Oro*. Probemos del pan de este harina cocido en el horno vivo del corazón de España y digamos luego de su sabor.

Con fácil profecía, pues que los hechos habían ya transcurrido, Lope habla, en su comedia sobre *San Diego de Alcalá*, de las posibilidades de conquistar las islas Canarias. Es el interés que todo el pueblo pone en los grandes negocios nacionales: España se ensancha, y con ella, la fe, la lengua y la personalidad españolas.

FRAY JUAN

*Diga padre: los gigantes
Y bárbaros de Canaria,
¿Cómo llevan que les traten
De que dejen a sus dioses,
Y la fe de Cristo ensalcen?*

FRAY DIEGO

*En los de Fuerteventura
Impresión hace el tratarles
Los misterios de la fe;
Los de la Canaria grande*

*Defienden que entren en ella;
 Pero si los conquistase
 el Rey, como en Dios lo espero,
 (Aunque tiempos adelante),
 También la fe tomarían;
 Puesto que es gente intratable,
 Y más los que Guanches llaman,
 Que allá en Tenerife caen.*

Leamos estas líneas pensando en Lope y en el espectador de Lope, en el público que se asoma a su teatro a conocer el desarrollo de los sucesos nacionales.

ÁRBOLES

La monstruosa facilidad de Lope le lleva a tratar el tema de Canarias sin la documentación y sin el aparato erudito precisos. Digamos de paso, que esta actitud de Lope frente a lo desconocido no nos mueve a censura; es, al fin de cuentas, la actitud romántica. Lope hermosea el paisaje tinerfeño con olmos, olivos, manzanos y otras especies arbóreas; Lope hace nacer rosas en los campos canarios y las corta para embellecer a las mujeres indígenas; Lope echa a volar, por los bosques de Tenerife, ruiseñores, oropéndolas y aberranías, entre otros pájaros; Lope hace temblar las yerbecillas canarias bajo las pezuñas veloces de los ciervos; Lope coloca, en las pobres manos aborígenes, perlas y diamantes; Lope, en el acto II de *San*

Diego de Alcalá, mueve los labios de un rey canario en las más estupendas fantansías y bellezas.

TANILDO

*A darte en arras me obligo
Dos mil plumas de colores
Que no se han visto mejores
Cuando se arrebola el cielo,
O se asoma a ver el suelo
El sol a sus corredores.
Daréte otras tantas pieles,
Que en blancura y hermosura
Compiten con la blancura
Que ver en la espuma sueles.
Diez tocados con joyeles
De inestimable valor,
Donde la costa y labor
Vale más que los diamantes,
Con ser ellos semejantes
Con el planeta mayor.
Una cama te daré
Labrada en boj de tal modo,
Que se ve pintado todo
Cuanto en las islas se ve,
Y dos vasos que yo sé
Que son dignos de tu boca,
Que no es alabanza poca;
Pero podrás guarnecellos
De perlas, sólo en ponellos
A las que la lengua toca.*

No era necesaria la inclusión de tales elementos, extraños a las islas, en las comedias *Los guanches de Tenerife* y *San Diego de Alcalá* pero eran bellos y son naturales; la belleza y la naturalidad en un poeta son dos cualidades esenciales. No existían entonces, pero no eran contrarios al clima ni al suelo tinerfeños, olivos y manzanos. Hoy crecen unos y otros en Tenerife, y el verde oliva de los árboles, la paz, la paz que fué paz en el pico de la paloma por que antes era paz, serenidad y reposo en el árbol, la paz de las verdes ramas de oliva, armoniza la calma azul marino del océano, la tranquilidad azul celeste del cielo y la noble medida de la tierra que no es veloz ni tardía, sino espiga en Agosto y rosa en Mayo.

PÁJAROS

Lope fué un grande poeta de lo maravilloso y la técnica escénica de sus comedias participa de la magia y de lo imprevisto. La primera escena de su comedia famosa *Los Guanches de Tenerife* representa una isla; gira la isla y aparece una nave a cuyo bordo el Adelantado y sus capitanes llegan a Tenerife; nueva rotación de la plataforma donde se figura la nave y estamos en condiciones de representar las primeras escenas del desembarco. Pues bien, un pasaje bellissimo de *Los Guanches de Tenerife* es aquel en que un árbol cargado de pájaros inclina su copa hasta las manos de Manil para que éste pueda coger, escoger,—*No cojo, por escoger*—, un pájaro que ofrecer al Niño que sonrío en brazos de N. S. de Candelaria,

*Ah, pajarillos canarios,
Cuyos sabrosos piquillos
Andan picando ramillos
Por esos árboles varios.
Ah, jilguerillos pintados
Más que vestido español
Que le dais música al sol
Luego que dora los prados.
Ah, calandrias, que cantáis
Al aurora en los barbechos;
Golondrinas que en los techos
De las cabañas moráis;
Ruiseñores, tan corteses
Y discretos en callar,
Pues sólo os oyen hablar
De todo el año tres meses;
Aberranías, doranes,
Que andáis por esos palmitos,
Oropéndolas, mosquitos,
Lechuzas y alcaravanes;
Gorriones prevenidos
Que llaman zorras con alas;
Gaitais llenas de más galas
Que los campos más floridos.
Bajad, bajad que os lleve
De vuestro asiento frondoso
A aquel mi Niño amoroso,
Para la mano de Nieve
De la candela en la mano.*

Un árbol lleno de pájaros se baja a la mano de Manil.

*Oh milagro soberano.
El árbol la copa inclina.*

Bello pasaje. No tenemos que reprochar nada al poeta. Si acaso, nuestras preferencias padecen con la ausencia del más dulce pájaro del Archipiélago. Suponemos que el *verde Abril* escogido sea el canario; amamos mucho a este pajarillo cuyo nombre recuerda la bella patria ausente y cuyo canto—me refiero al canario verde y salvaje—pone en nuestra memoria el espectáculo de hermosos bosque de pinos y brezos acariciados por la canción frígida del agua, o las finas estampas de vides y plátanos de Icod de los Vinos, o de vides y coles de Tacoronte, o de vides y palmeras de Santa Úrsula o de vides y tomates de Bajamar y Punta del Hidalgo. ¡Qué sensualidad en todo, qué sensualidad en reposo, qué bello desnudo clásico! Nos ha llevado el pajarillo, como volando, sobre campos y campos, orillas del mar. Hagámosle posarse de nuevo sobre la copa inclinada, donde le escoge Manil, y echemos de menos en ella la presencia del dulce capirote. Al capirote se le ha llamado el rui señor de Canarias, pero Canarias no necesita de rui señor alguno. En su cumbre más alta vuela el canario del Teide, la *Fringilla teydea*, gris, casi del tamaño de un mirlo, duro, arrebatado en el canto; un pájaro para aquella soledad y altura que se corresponde entre las flores con la violeta del Teide, una violeta áspera y salvaje. Pájaro y flor viven sobre rocas y no puede exigírseles fragilidad; en aquella altitud sólo es frágil la llama del azufre y el delicado aroma de las retamas blancas; en los bosques, anida el mirlo, ¡gran músico el mirlo!: Su estilo reposado y penetrante, diamantino, sigue las modulaciones del manantial; el

mirlo se hace acompañar del agua como un violín del piano; en montes y jardines, en huertos y sembrados, el canario alegre y dicharachero, con su aire de chico que va a la escuela cantando, los libros a la espalda y andando a saltitos, no por prisa, sino por juego; pero de todos los pájaros, el religioso, el franciscano, el poético capirote que canta al alba y al crepúsculo es tan tierno y solemne, usa de una música tan bien administrada de silencios y puntillos, que su compás, cortesano y litúrgico, invade el paisaje de una armonía tal, de un recogimiento tan hondo, que la Naturaleza se duerme y el silencio brota con esa musicalidad del silencio; cuando se apaga el capirote, ranas y brisas, grillos y frondas, aguas y soledades, cantan la noche estrellada, perfumada y sensitiva. Dios habla a la isla de noche.

NIÑOS

Lope amaba a los niños. Un niño es algo tierno y puro. Lope gusta de la *cera blanda*,—*labra naturaleza en blanda cera*. Un niño es la curiosidad y el futuro: el misterio, en suma. Un poeta amará siempre lo nuevo. La rosa es más bella cuando nace; el amor más profundo es el primero. La delicada elegía de Lope a Carlillos, su hijo, es de una emoción sencilla. Lope nos cuenta sus juegos y sus caricias: el hijo le ha sido arrebatado. Las Canarias son, también, *blanda cera* para el poeta. Lo que él haga con ellas, quedará hecho. El calor de la poe-

sía es muy apropiado para moldearla, y Lope ha ido dejando en la nueva obra sus huellas,—tales las yemas de los dedos de las monjas en los cirios de Pascua. Lope ama la *verde edad*. De todos los adjetivos de Lope, hemos tomado este de *verde*. El verde es el color del poeta: es el gallardete del amor, de la Naturaleza y de la vida. Lope quisiera volverlo todo verde,—*volverla verde, aunque es azul espero*. El amor va desnudo, llevando pendiente del cuello un carcaj de flechas de oro, *con plumas blancas y verdes*. *Ya porque está todo verde*, son los meses de mayo los mejores meses, *ya porque la Diosa es verde*. ¿Verde la Diosa? Nació Venus del mar, verde, como nace verde, de entre las espumas, Tenerife. Aun añadiremos al color predilecto, el blanco. La seguidilla más bella del Fénix es aquella en que se combinan los dos colores:

*Río de Sevilla
¡cuán bien pareces,
con galeras blancas
y ramos verdes!*

Naturaleza, Naturaleza es la musa. Huir del hombre y de la civilización, buscar la vida inocente, la vida vegetativa, la vida sensitiva; en la inteligencia están los grandes dolores. Nuestra simpatía hacia los niños tiene mucho de piedad hacia el triste hombre futuro. Lope, que amaba a los niños, se recrea humanamente en el Niño Jesús que descansa en brazos de su madre la Candelaria; el guanche Manil coge, para él, pájaros; el guanche Siley, corta dulces cañas de azúcar que ofrecerle. Un poeta que se recrea tan profundamente en la Naturaleza, es un poeta que quiere escapar al dolor y al artificio de la vida. *Gran consuelo recibimos de su mano en nuestros dolores.*

La vocecilla del agua es la más dulce de las voces. Lope—nos lo ha contado Montalbán—regaba su propio huerto; en la dedicatoria de una comedia suya, dice Lope a su hijo: *Un huertecillo cuyas flores me divierten cuidados.*

ROMANTICISMO

Lope era un romántico en el sentido generoso del calificativo. El Romanticismo al reivindicar los valores lopescos le colocó en su exacto lugar. En *Los Guanches de Tenerife*, se pone de manifiesto el romanticismo de Lope al referirse el poeta a los indígenas, y en el asunto. Los españoles admiran la destreza y la fuerza natural de los guanches; los guanches alaban la civilización de los españoles; pero, entre los indígenas, Tinguaro dice a su rey:

*¿... De qué temas
la fuerza de los hombres embaidores
que fingen fuego, truenos y relámpagos,
y no saben luchar, correr, dar saltos.
jugar un árbol, esgrimir un pino
tirar un arco, derribar un toro
asido por los cuernos libremente?*

Juan Jacobo Rousseau suscribiría las palabras de Tinguaro. Digamos, al paso, que en Tenerife no existían toros; es un

lapsus del Fénix que queremos esclarecer porque se repite en un pasaje en el que nos interesa hacer luz.

TINGUARO

*Bien dicen: hazle un grande sacrificio
no perdones en él toros, ovejas,
aves, peces, olores, ni las vidas
de nuestros hijos.*

No se sacrificaban vidas humanas en Tenerife; Lope confundió sus lecturas. En el poema *Antigüedades de las Islas Afortunadas*, de Antonio de Viana, del que Lope tomó el asunto de su comedia, no se señalan. Suponemos a Lope poniéndose a escribir su comedia; antes de comenzar, tomaría en la mano el libro de su amigo Antonio y le daría una lectura por encima. (Lope vive deprisa y no puede detenerse a estudiar el asunto.) La crítica es unánime en reconocer la fuente inmediata de la comedia; el poema del bachiller Antonio sale con un soneto laudatorio de Lope. El poema se publicó en 1604; debió de estar escrito desde 1602, cuando menos. Lope vivía en 1604 en Sevilla; por esa fecha, Viana se encontraba en aquella ciudad. Lope tenía en 1604, unos cuarenta y dos años; Antonio veintiséis. Pasearían acaso juntos, se visitarían; tal vez Antonio hablaría a Lope de su patria, y es quizás, personalmente de Antonio, de quien tomó Lope la idea de llevar la conquista de Canarias al teatro. Se nos ocurre deducir una posible influencia de Lope sobre Viana. Antonio, joven, desconocido, no tenía impresa su obra cuando conoció a Lope, ya famoso. ¿No cabría suponer que Antonio corrigiese algún pasaje por sugestión de Lope, ya directamente o siquiera por la influencia de su conocimiento? La Historia nunca acaba de conocerse. Dácil, como Amarilis, muy

posterior, tiene cabellos rubios, boca de coral, dientes de perlas, ojos de esmeraldas. El gusto renacentista abona perlas, corales y esmeraldas. Entre las piedras preciosas que Lope coloca en sus obras, la esmeralda parece ser la predilecta. La inspiración de Lope figura tomar cuerpo, dureza y brillo en esta piedra. Claro que la Naturaleza no lo es todo; detrás, o dentro, de la Naturaleza debe estar la inteligencia. Amamos la Naturaleza con la inteligencia y con la sensibilidad. Detrás de unos hermosos ojos de esmeralda debe brillar la luz de un espíritu claro.

*No luce la esmeralda si engastada
le falta dentro la dorada hoja,
porque, de aquella luz reverberada,
más puros rayos transparente arroja;
así en mis verdes ojos eclipsada
dentro la luz, que Fabia le despoja,
aunque eran esmeraldas no tenían
el alma de oro conque ver podían.*

Al hablar del romanticismo de Lope en *Los Guanches de Tenerife*, fuera bueno consignar que unos versos suyos, nos llevan de un salto, sobre la Poesía, al siglo XIX español. Ya Menéndez y Pelayo señaló la coincidencia de este pasaje con otro análogo del popular y simpático romántico José de Zorrilla. Castillo había dado a Dácil palabra de matrimonio poniendo por testigo a una peña; cuando Castillo se niega a dar cumplimiento a su compromiso, Dácil invoca el testimonio de la roca: La piedra se abre y la Virgen de Candelaria confirma la demanda de la bella Infanta. Lope habla, pero, entre verso y verso, los conocidos, los casi familiares octosílabos de *A buen juez, mejor testigo*, nos llegan, como el siglo XIX, a

caballo por lo rítmicos, y con crinolinas por lo vaporosos; delicados como las débiles luces del gas, y largos como unas hermosas trenzas.

ESMERALDAS

Hemos hablado de esmeraldas. Ellas aparecen en la obra de Lope junto al agua. Arroyos, fuentes, ríos y hasta mares corren entre sus versos. El agua aparece frecuentemente en Lope como cristal. *Cuelguen por estas peñas sus cristales*, dice Lope de unos arroyuelos. Al ciervo herido de flecha de su égloga *Amarilis* no aprovecha *ni echarse en flores ni beber cristales*. Pero esmeraldas y cristales son justamente, poéticamente, imágenes, como se dice en *El mayor imposible*:

*No son de cristal las fuentes
ni se rien, que es mentira
ni las flores esmeraldas.*

Al cabo, San Isidro, el santo patrón de Madrid, labrador con su esposa Santa María de la Cabeza de las tierras de Iván de Vargas, orillas del Manzanares, santo de la musa popular, labradora y madrileña de Lope, tenía también los ojos de esmeraldas:

*Su jubón blanco de lino,
su capote de dos haldas,*

*con capilla a las espaldas,
que hacía el rostro divino
de rubíes y esmeraldas.*

Lope nos cuenta que en las tierras de Iván de Vargas se cosechaban *rubio trigo y blancas uvas*. Los ángeles bajaban a ayudar al Santo en sus labores sobre esas tierras finas y nobles de los campos madrileños, con su gama de grises, azules y rojos, suprema gravedad en Velázquez y fina gracia en Goya. Sobre esas tierras, en la lejanía, descienden las nubes que en Tenerife se posan sobre el confín marino. Hemos hablado de las tierras de Iván de Vargas porque esa misma quietud y calma suyas son también las que Lope sitúa en Tenerife. El paisaje monumental de rocas, los abruptos barrancos, los malpaíses, los bufaderos del mar en la costa, no son siquiera intuidos por Lope. El fuego, ese fuego rebozado de nieve, la luz deslumbradora, el coro del océano, no tienen la expresión conveniente de la poesía de Lope. La poesía de la isla, que es una gruesa esmeralda delicadamente envuelta en los velos del crepúsculo, no ha pasado del poema de Viana.

CASTILLO CONTRA CASTILLOS

En cambio, doloroso es confesarlo, Lope ha añadido a los héroes del poema caracteres que no quisiéramos ver en ellos. Castillo termina el acto primero con un frase dura, hiriente:

*¡Vive Dios, que solo baste
a sorberme, como huevos
frescos, canastas de Guanches!*

Enseguida caerá el telón. Hasta el comienzo del acto segundo, pasarán unos minutos. ¿Cinco? ¿Diez? ¿Quince minutos? ¡Qué doloroso entreacto! Somos españoles, pero nuestra sangre (parte de nuestra sangre) corría hacia nosotros desde antes de ser española. La angustia de este entreacto es insuperable. Nos gana la impresión de que Lope nos está jugando una mala pasada y nuestro fondo insobornable va a rebelarse, cuando caemos en la cuenta de que nuestra lengua, nuestra fe, nuestra cultura, son las del Capitán Castillo; inteligencia y naturaleza traban duelo. Acabamos por perdonar, habida cuenta los beneficios, a todos los Castillos frases como estas. Ya en el segundo acto, Castillo herido, se queda en la isla cuidado de la princesa Dácil, a quien, en último término, debe la vida,—segunda vez debe la vida. Y vemos a Castillo pasearse, con una piel de oveja, por la escena; ama a Dácil, pero bebe los vientos por España: su ideal es que aquella tierra, en la que ya ha puesto cariño, sea también España. No es por la tierra, si escuchamos a Don Alonso, por lo que los españoles están allí; es por la fé:

*No obliga humano interés,
Obliga piedad cristiana,
Que no habemos menester
Tierra, sobrándole tanta.*

La isla era pobre, como decía su noble rey Bencomo, el rey que repastaba por los prados cabras monteses y ovejas silvestres, toros y vacas, según Lope. No había oro en Tenerife: *Que si en Tenerife hay oro, ¿cuáles Indias son como ella?, se*

pregunta Don Alonso. La Providencia va, enseguida, a dar una réplica a la codicia de los españoles, codicia que no disminuye la grandeza de su misión. Dialogan Castillo y Lope de la Guerra:

CASTILLO

¿Qué es lo que vais a buscar?

LOPE

No menos que un monte de oro.

Monte de oro que se descubre a los conquistadores, castillo contra Castillos, es la imagen de la Virgen de Candelaria, patrona del Archipiélago, y ya en él antes de la arribada de los españoles. Al oro se opone la fe. San Isidro es un santo labrador; la Virgen de Candelaria una virgen marinera que gustaba de pasearse—como nos lo cuenta el cronista Núñez de la Peña—por la playa del pueblo que, en honor suyo, lleva su nombre. Un día nos vino por el mar, y otro nos abandonó, también por el mar. Su altar está hoy bajo las aguas. A la hora del crepúsculo, su capilla enciende, como una vidriera gótica, todo el océano. Ella está allí para velar por los marineros canarios. Es tal la fe de estos marinos, que a mí me parece ver a la Santa Virgen conduciendo los peces a sus redes, acaso poniendo de su mano un pez en el anzuelo vacilante. La salve de los mareantes canarios canta:

*Feliz Atlante dichoso,
nevado, hermoso galán,
altivo canario Teide,
pirámide de cristal:
¡Gózate en tu nácar, concha
de perla tan singular!*

Ha perdido a su perla la concha, pero le queda la huella.
Ella está en todos los canarios como una rúbrica de Dios para
dar fe de sus bodas con el mar.

EL ESCARABAJO Y EL ROSAL

Un escarabajo dirigiéndose a un rosal florido, bajo la leyenda *Odore ene catsvo*, fué el *ex-libris* de Lope. Se simbolizan en él: A los enemigos de la fama del poeta, en el escarabajo; y a la misma fama, fresca, venciendo espacios en alas del propio aroma, rica en bellezas y finuras, en las rosas. No conviene perder de vista al escarabajo para que nos sirva de contraste, de hermoso contraste, a nosotros que amamos la visión de negros basaltos sobre el fondo sonrosado de la aurora de Tenerife. Pero cuidemos de refrescar más, si cabe, la inmarcesible vitalidad de esas rosas de la fama del poeta. Lope llamó al Atlántico en *Peribáñez*, el Mar de España. Están las Canarias bañadas por sus aguas como otras tantas tierras en las que aun vive España. Como canarios y como españoles, pedimos para este mar el nombre de Mar de España. Defendamos ante el mundo este nombre, por España y para España. En Castilla hemos visto nosotros al mar—bella mentira de la memoria—formando horizonte. Como nos sentimos españoles, en plena mar de España pensaremos, a la hora del ocaso, que aquellos castillos son los castillos en el aire de España, que aquellas torres las hemos visto en Segovia, que aquellas murallas las contemplamos en Ávila, que aquellas

puertas las admiramos en Toledo: todo cristal, fuego, luz; lejana ciudad construída de colores diluídos en el aire, con formas robadas al aire,—todo aire, al cabo. Aire que se resuelve en horizonte, al fin imagen: Poesía.

Madrid.